



La devoción a Nuestra Señora de Aparecida ocupa un lugar central en la vida espiritual de Brasil. Para millones de fieles, la Virgen Aparecida es mucho más que una imagen venerada en un santuario: es una presencia maternal, un signo de esperanza y una invitación constante a acercarse a Jesucristo. Su historia, vinculada a unos humildes pescadores, se convirtió con el paso de los siglos en una de las expresiones marianas más importantes de América Latina.

Cada 12 de octubre, la Iglesia en Brasil celebra la fiesta de Nuestra Señora de Aparecida, Reina y Patrona del país. Esta celebración reúne la fe, la historia, la cultura y la identidad de un pueblo que reconoce en la Virgen María a una Madre que intercede por sus hijos y los conduce hacia su Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

Conocer la historia de Aparecida, comprender el significado teológico de esta advocación y descubrir su importancia pastoral nos ayuda a vivir una devoción más profunda, arraigada en la fe de la Iglesia y orientada hacia el Evangelio.

1. ¿Quién es Nuestra Señora Aparecida?

Nuestra Señora de Aparecida es una advocación de la Santísima Virgen María venerada especialmente en Brasil, donde es reconocida como Reina y Patrona principal de la nación.

Su origen está vinculado al hallazgo de una pequeña imagen de terracota de la Inmaculada Concepción en las aguas del río Paraíba do Sul, en el año 1717. El descubrimiento, atribuido tradicionalmente a tres pescadores, dio comienzo a una devoción que se extendió progresivamente entre la población y que, con el paso del tiempo, adquirió una dimensión nacional.

La palabra Aparecida hace referencia precisamente a la aparición o al hallazgo de la imagen. No significa que la Virgen María comenzara a existir en aquel momento ni que se produjera una nueva revelación pública. Se trata de una advocación mariana que recuerda un acontecimiento concreto y la especial devoción que nació a partir de él.

La imagen representa a la Virgen María bajo el título de la Inmaculada Concepción. Por tanto, la devoción a Nuestra Señora Aparecida está profundamente relacionada con uno de los privilegios marianos reconocidos por la Iglesia: la preservación de María del pecado original desde el primer instante de su concepción, por una gracia singular de Dios y en atención a los méritos de Jesucristo, Salvador de la humanidad.

Para comprender correctamente esta devoción, es importante recordar que los católicos no



adoran imágenes ni consideran que una estatua posea poderes divinos por sí misma. La imagen es un signo que dirige la mirada del creyente hacia la persona representada. En este caso, nos recuerda a la Santísima Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra, cuya vida estuvo completamente orientada hacia Jesucristo.

La veneración mariana, cuando se vive de acuerdo con la doctrina católica, no aparta al cristiano de Cristo. Al contrario, lo invita a imitar la fe, la humildad, la obediencia y la caridad de María.

La Virgen Aparecida es, por tanto, un símbolo de la fe del pueblo brasileño y, al mismo tiempo, una llamada universal a vivir el Evangelio con confianza, fidelidad y esperanza.

2. El 12 de octubre: cuándo se celebra y qué significa esta solemnidad

La fiesta de Nuestra Señora de Aparecida se celebra el 12 de octubre. En Brasil, esta fecha posee una importancia religiosa, cultural y nacional extraordinaria, pues está dedicada a la Patrona del país.

Para millones de brasileños, es una jornada de oración, peregrinación y agradecimiento. Los fieles acuden al Santuario Nacional de Aparecida, participan en la Santa Misa, rezan el Santo Rosario y encomiendan a la protección maternal de la Virgen sus familias, sus necesidades y el futuro de la nación.

La celebración recuerda que la fe cristiana no es solamente una realidad individual o privada. También puede formar parte de la historia de un pueblo, de su cultura y de sus tradiciones, siempre que estas permanezcan orientadas hacia Dios y respeten la dignidad de todas las personas.

Sin embargo, es necesario distinguir entre la importancia nacional de esta fiesta y las obligaciones litúrgicas establecidas por la Iglesia. El hecho de que Nuestra Señora Aparecida sea la Patrona de Brasil y de que su festividad tenga una gran relevancia no significa, por sí solo, que el 12 de octubre sea un día de precepto universal para todos los católicos. Las obligaciones de participación en la Santa Misa dependen de las normas de la Iglesia y de las disposiciones aplicables en cada lugar.

Más allá de su dimensión festiva, esta fecha constituye una oportunidad para renovar la vida espiritual. La verdadera celebración mariana no consiste únicamente en acudir a una



procesión, contemplar una imagen o participar en una manifestación popular de fe. Debe conducirnos a una conversión sincera, a una mayor fidelidad a los mandamientos de Dios y a una vida sacramental más profunda.

Honar a María significa también escuchar su invitación evangélica: «Haced lo que Él os diga» (Jn 2,5). Esta es una de las enseñanzas centrales de la espiritualidad mariana: la Virgen no pretende ocupar el lugar de Cristo, sino ayudar a los hombres a reconocerlo, amarlo y seguirlo.

El 12 de octubre es, por tanto, una ocasión privilegiada para dar gracias a Dios por el don de María, pedir su intercesión y renovar el compromiso de vivir como discípulos de Jesucristo.

3. La historia de 1717: una imagen encontrada en las aguas

La historia de Nuestra Señora Aparecida se remonta al año 1717, cuando una pequeña imagen de terracota fue encontrada en el río Paraíba do Sul, en la región que hoy pertenece al estado brasileño de São Paulo.

Según la tradición, tres pescadores —Domingos Garcia, Filipe Pedroso y João Alves— recibieron el encargo de conseguir pescado para una comida que se prepararía con motivo de la visita de un alto representante de la administración colonial.

Los pescadores se adentraron en el río y lanzaron sus redes, pero durante un tiempo no obtuvieron los resultados esperados. En uno de los intentos, João Alves recogió en su red el cuerpo de una pequeña imagen de la Virgen María. Poco después, al volver a lanzar las redes, encontraron la cabeza de la misma imagen.

Tras reunir las dos partes, los pescadores reconocieron que representaba a Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción. La tradición cuenta que, después de aquel hallazgo, la pesca fue extraordinariamente abundante.

Este episodio se convirtió en el punto de partida de una devoción que se extendió entre los habitantes de la región. La imagen comenzó a ser conservada y venerada, y la oración ante ella reunió progresivamente a más fieles.

Filipe Pedroso habría guardado la imagen durante un tiempo en su casa, donde los vecinos se congregaban para rezar. Con el crecimiento de la devoción, se construyó una pequeña capilla que permitió acoger a un número cada vez mayor de peregrinos.



La tradición de la pesca abundante posee un significado espiritual importante para los creyentes. Evoca la acción de la Providencia divina en la vida cotidiana y recuerda que Dios puede servirse de acontecimientos humildes para suscitar frutos espirituales de gran alcance.

Conviene, no obstante, distinguir entre la tradición devocional y lo que puede afirmarse históricamente con certeza. El relato de los pescadores constituye el origen tradicional de la devoción a Aparecida. Su interpretación religiosa pertenece a la vida de fe del pueblo cristiano, mientras que la Iglesia no exige considerar cada detalle de una tradición piadosa como si fuera un dogma de fe.

Lo esencial es que el hallazgo de aquella pequeña imagen dio origen a una devoción mariana que, con el paso del tiempo, superó ampliamente el ámbito local y llegó a convertirse en una de las expresiones más significativas del catolicismo brasileño.

La imagen, pequeña y sencilla, recuerda además una constante de la historia de la salvación: Dios no necesita la grandeza humana para realizar su obra. Con frecuencia, se sirve de lo humilde, de lo escondido y de lo aparentemente insignificante para manifestar su gracia.

Esta idea encuentra un eco profundo en las palabras de la Virgen María en el Magnificat:

«Porque ha mirado la humildad de su esclava» (Lc 1,48).

La historia de Aparecida invita, por tanto, a reconocer que la fe puede nacer y crecer en medio de las circunstancias más sencillas, cuando el corazón humano permanece abierto a Dios.

4. ¿Por qué se llama Nuestra Señora de la Concepción Aparecida?

El nombre completo de esta advocación es Nuestra Señora de la Concepción Aparecida. Cada parte de este título contiene un significado que ayuda a comprender la fe católica y la historia de la devoción.

La expresión de la Concepción hace referencia a la Inmaculada Concepción de la Virgen María. La Iglesia enseña que María, por una gracia singular de Dios y en previsión de los méritos de Jesucristo, fue preservada del pecado original desde el primer instante de su concepción.



Esta doctrina fue definida solemnemente como dogma por el papa Pío IX el 8 de diciembre de 1854, mediante la constitución apostólica *Ineffabilis Deus*.

El Catecismo de la Iglesia Católica explica esta verdad en el número 491:

«A lo largo de los siglos, la Iglesia ha tomado conciencia de que María, “llena de gracia” por Dios (Lc 1,28), había sido redimida desde su concepción».

La Inmaculada Concepción no significa que María no necesitara a Jesucristo. Al contrario, su preservación del pecado original es fruto de la redención realizada por Cristo y constituye una manifestación singular de la gracia divina.

María fue redimida de una manera única, en atención a los méritos de su Hijo. Por eso, la doctrina de la Inmaculada Concepción no disminuye la centralidad de Cristo, sino que manifiesta la eficacia de su obra salvadora.

El Evangelio de san Lucas recoge el saludo del ángel Gabriel:

«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1,28).

La tradición católica contempla en estas palabras una expresión privilegiada de la plenitud de gracia concedida a María. Ella fue preparada por Dios para su misión única en la historia de la salvación: ser la Madre de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

La palabra Aparecida, por su parte, recuerda el hallazgo de la imagen en las aguas del río Paraíba do Sul en 1717. Así, el título une el misterio de la Inmaculada Concepción con la historia concreta del descubrimiento que dio origen a la devoción brasileña.

La imagen no representa a una divinidad distinta ni a una aparición que sustituya la revelación cristiana. Representa a la misma Virgen María, contemplada bajo una advocación particular, cuyo origen histórico se encuentra vinculado al hallazgo de aquella pequeña figura.

Esta distinción es importante para comprender la naturaleza de la devoción mariana. La Iglesia reconoce diferentes advocaciones de la Virgen —como Lourdes, Fátima, Guadalupe o Aparecida—, pero no enseña que existan distintas vírgenes. Se trata siempre de la misma Madre de Jesucristo, venerada en lugares y circunstancias diferentes.

Por tanto, cuando un fiel se dirige a Nuestra Señora de Aparecida, dirige su oración a la Santísima Virgen María bajo ese título particular, pidiendo su intercesión ante Dios.



La devoción a la Inmaculada Concepción recuerda también la vocación universal a la santidad. María es una criatura humana salvada por la gracia de Dios y constituye, por ello, un ejemplo eminente de lo que la gracia divina puede realizar en una vida completamente abierta a su voluntad.

Su pureza no debe entenderse como una realidad distante o meramente ornamental, sino como una invitación a rechazar el pecado, buscar la santidad y vivir en amistad con Dios.

La Virgen Inmaculada nos recuerda que la gracia precede a nuestros méritos, que la salvación procede de Jesucristo y que la verdadera grandeza consiste en responder libremente al amor de Dios.

Conclusión: una Madre que nos conduce a Cristo

Nuestra Señora de Aparecida es una de las expresiones más queridas de la devoción mariana en el mundo católico. Su historia, iniciada con el hallazgo de una pequeña imagen en las aguas del río Paraíba do Sul, se ha convertido en un signo de fe, esperanza y unidad para millones de brasileños.

Pero la importancia de Aparecida no se limita a su historia ni a la dimensión cultural de su santuario. Su significado más profundo se encuentra en la persona que representa: la Santísima Virgen María, Madre de Dios, discípula fiel de Jesucristo y modelo de vida cristiana.

María no es el término último de la fe cristiana. El centro de nuestra fe es Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, que murió y resucitó para salvarnos. La Virgen ocupa un lugar singular en la historia de la salvación porque fue elegida por Dios para ser la Madre del Salvador y porque respondió a esa llamada con una obediencia llena de fe.

Por eso, toda auténtica devoción mariana debe conducirnos a Cristo. Si veneramos a María, debemos aprender de su humildad; si pedimos su intercesión, debemos procurar vivir en gracia de Dios; si acudimos a sus santuarios, debemos regresar a nuestros hogares con un deseo renovado de cumplir la voluntad del Señor.

La historia de Aparecida también nos recuerda que Dios puede servirse de personas sencillas y de acontecimientos humildes para suscitar frutos espirituales extraordinarios. Aquella pequeña imagen encontrada por unos pescadores terminó convirtiéndose en un signo de esperanza para todo un pueblo.

En una sociedad marcada por la incertidumbre, los conflictos, la soledad y la pérdida de



Madre Aparecida, Reina y Patrona de Brasil: la Madre de Dios que acompaña a un pueblo | 7

referencias espirituales, el mensaje de Aparecida conserva una profunda actualidad. María nos invita a confiar en Dios, a perseverar en la oración, a cuidar de nuestras familias y a no permanecer indiferentes ante el sufrimiento de los demás.

Celebrar a Nuestra Señora de Aparecida significa, en definitiva, renovar nuestra confianza en la Providencia divina y aprender a mirar a Jesucristo con los ojos de su Madre.

Que la Virgen de la Concepción Aparecida proteja al pueblo brasileño, sostenga a las familias, consuele a quienes sufren y ayude a todos los cristianos a permanecer fieles al Evangelio.

Y que su invitación en las bodas de Caná resuene siempre en nuestros corazones:

«Haced lo que Él os diga» (Jn 2,5).